MEMORIAS DE UN REPORTERO (I)

Juan de la Plata

Cuando una persona llega a cierta edad, habiendo dejado atrás, a lo largo del camino, una labor realizada de muchos años, amplia y rica en acontecimientos profesionales y humanos, piensa que es el momento de pararse a recordar y hacer un recuento de tantas vicisitudes, como anécdotas y efemérides jalonaron esa vida, entregada a una vocación, literaria en este caso, donde hubo momentos duros, otros más o menos bonitos, algunos amargos y otros alegres, amén de muchas incomprensiones; pero, sobre todo, entrega total a un trabajo, realizado siempre con amor – cuando no apasionadamente - a una profesión, la periodística, en la que comprometió, de la mejor manera que pudo y supo, los pocos o muchos talentos que Dios le diera, siempre pensando en el bien de los demás, de su gente y de su pueblo.

Y, aunque uno se consideró siempre como un todo terreno del periodismo, allá donde lo ejerció, durante sesenta años largos, desde 1947 a la fecha, piensa, a estas alturas, que, sobre toda otra definición, o especialidad, incluyendo más de una treintena de libros y otro número más o menos de conferencias, pronunciadas en distintos lugares, lo que uno ha sido y no ha dejado nunca de ser ha sido un reportero, porque reportajes fueron mis primeros y mejores trabajos en prensa y reportajes, bien mirado, son también mis libros y conferencias. Por eso, cuando llega la hora de las recapitulaciones, quiero volver a ser ese reportero que siempre fui y hacer memoria, lo más exacta posible, de tantos temas como abarcaron mi profesión, mi querido oficio de comunicador. Y así, a retazos, iré reportando semanalmente los más variados temas, junto a toda clase de noticias, sucesos, críticas y comentarios de flamenco, amén de algunas de las muchas historias y curiosidades locales que fui publicando, en este y en otros medios, en el transcurrir de esos sesenta y tantos años que hoy me salen al paso, para evocar la cara y la cruz de una labor, en la que pude estar más o menos brillante o acertado, pero en la que siempre me volqué con todo entusiasmo y la mayor dedicación.

REDAC TOR DE SUCESOS

Y lo primero que quiero es dejar constancia de mi gratitud para todos aquellos medios en prensa y radio, en los que me desenvolví, aprendiendo siempre de todos mis compañeros, a los que consideré y sigo considerando como mis mejores y únicos maestros, en un oficio que hoy se aprende en las universidades, pero que antaño no era más que vocación y afán de patearse las calles, en busca de la noticia, la entrevista o el reportaje, o sentarse ante una mesa de redacción, tarde y noche, saliendo a la calle con las primeras claras del día y el primer ejemplar del periódico, aún fresca su tinta, en la mano.

Mis primeros trabajos, fueron como redactor de sucesos, en el antiguo diario "Ayer" de la calle Bizcocheros, gracias a la generosa oferta de su redactor jefe y copropietario, el ilustre abogado jerezano, don Ramón García-Pelayo y de Trevilla, buen amigo de mi padre, quien me dio la ansiada gran oportunidad de hacer mis primeras armas en el campo periodístico, tras haber publicado en dicho periódico algunos articulillos sobre temas culturales. Tenía yo quince años de edad y aquél encargo por el que me pagaban veinticinco pesetas mensuales – lo suficiente, para mí – me reportaría poder iniciarme

en una profesión, que me llevaría diariamente a recorrer los centros donde estaban las fuentes de ese tipo de noticias: comisaría, juzgados, guardia civil, hospital, casa de socorro, policía municipal, etc . Entonces, este tipo de noticia era muy valorado por los lectores y, desde cualquier robo a una simple pelea con heridos, un incendio o cualquier escándalo en la vía pública, eran siempre muy comentados. Y no digamos si se trataba de un crimen, aunque afortunadamente nuestra ciudad siempre anduvo escasa de este tipo de violentas acciones. Aunque yo pude informar de algunos que nunca fueron solucionados, al caer sobre sus autores el más oscuro misterio, sin que jamás pudieran ser detenidos. Y recuerdo aquí los casos del carbonero de la calle Palomar, del almacenero de la Porvera y el crimen de Isidro Badillo, jefe de abastos del Ayuntamiento, una noche camino de su casa, en la plaza Plateros; también conocido por "el crimen de la mascota", pues al asesino se le cayó la que llevaba puesta, al huir por uno de los callejones que desembocan en dicha plaza. Pero, ni aún esa pista, sirvió para poder detenerle.

Esos crímenes y algún otro que ahora no recuerdo, sirvieron para que el semanario "El Caso" se interesara por ellos y destacara a nuestra ciudad a su famosa reportera Margarita Landi, la única periodista que yo he conocido que fumara en pipa, y a la que conocí, aquí en Jerez, en la Comandancia de la Policia Municipal, en el callejón del Lepe, donde yo tan buenos amigos e informadores tuve siempre. Por cierto que dicha reportera me ofreció la corresponsalía de su semanario, muy popular entonces, pero que yo rechacé porque ese tipo de prensa, tan macabra y truculenta, no me gustó nunca; como tampoco me gusta ese otro periodismo rosa que se hace hoy, en televisión y algunas revistas de papel cuché.

FLAMENCO EN RADIO JEREZ

En los años cuarenta yo militaba en el grupo Atalaya de arte y poesía, formado por un grupo de amigos, que cada domingo nos reuníamos en un local de la calle Cantos, donde estaba la sede de la Schola Cantorum Carmelitana, y allí cada uno demostraba sus cualidades artísticas, cantando aquello que más le gustaba, o que mejor sabía hacer, boleros, rancheras, y, sobre todo, flamenco; algunas chicas bailaban o cantaban canción andaluza; mientras otros tocaban el piano o la guitarra. Nos tomábamos nuestras copitas y nos lo pasábamos muy bien. De ahí me vino la idea de hacer un programa de radio, dedicado al flamenco y, ni corto ni perezoso, un buen día me fui a Radio Jerez, que estaba en la plaza de las Angustias, a ver a su director, don Guillermo Ruiz-Cortina, a ofrecerme y pedirle que me dejara hacer un programa semanal de flamenco; cosa que conseguí tras una amplia conversación con dicho maestro del periodismo radiofónico local.

Yo era, desde niño, un gran enamorado de la radio y admiraba a los maestros de entonces que eran Matías Prats, José Luis Pécker, Raul Matas, Boby Deglané – el "pobre locutorcito", como el se llamaba a sí mismo – y a otros grandes locutores de la radio andaluza, además de a mis queridos amigos de Radio Jerez, Manolo Fernández Peña y José María Ayaso. Por eso, poder entrar en Radio Jerez, haciendo un programa de flamenco titulado "Cante Jondo", allá a mediados de los años cincuenta, sería para mi otra enorme satisfacción, pues sin dejar de escribir en el "Ayer", semanalmente tenía un programa flamenco de media hora, en la única emisora de radio que Jerez tenía en aquellos momentos.

Programa éste que yo escribía y presentaba personalmente, con la colaboración del bueno de Fernández Peña, a quien estos días tanto he recordado, ya que él luchó muchos